

# COMUNIDADES DE VIDA Y MISIÓN

noviembre de 2018

El presente documento quiere ser una ayuda para que nuestras comunidades, tal como nos pide el Proyecto Apostólico, «crezcan en la vivencia de la comunidad como misión», así como una ayuda para la reestructuración del mapa de nuestras comunidades «garantizando la calidad de la vida comunitaria y respetando una diversidad de estilos comunitarios»<sup>1</sup>.

Para ello, se ofrece una reflexión sobre la comunidad de vida y misión, signo del Reino y de reconciliación, así como una presentación de la diversidad de nuestras presencias comunitarias. El documento propone, finalmente, un Examen de nuestra vida comunitaria como recurso que facilite el discernimiento en común.

## 1. Introducción

Se ha escrito mucho sobre la vida comunitaria. Tenemos una literatura profusa en cantidad y calidad<sup>2</sup>. Son documentos muy inspiradores que siguen teniendo una gran fuerza para hoy. De entre ellos, una referencia indiscutible es la carta sobre la vida comunitaria del P. Kolvenbach<sup>3</sup>. El P. Arturo Sosa también ha escrito recientemente sobre el sentido de nuestra vida en comunidad<sup>4</sup>. En ella se refiere, en primer lugar, a nuestra conversión personal, pero también nos anima a vivir la “conversión de nuestra vida comunitaria” que luego se desplegará en dimensiones diversas. Conversión que “es también una exigencia de la unidad que existe entre vida y misión”.

Nuestra respuesta a esta llamada la queremos acoger desde el agradecimiento por la riqueza de experiencias y la pluralidad comunitaria que se han abierto ante nosotros en los últimos tiempos, por este tiempo de Provincia como oportunidad para profundizar nuestro ser comunitario y, finalmente, por la inquietud comunitaria que sigue tirando de nosotros hacia el futuro. Un agradecimiento que nos dispone a la novedad que nos inspira el Espíritu.

## 2. Nuestro momento actual

El documento de Contemplación de la Realidad que sirve de base al Proyecto Apostólico de la Provincia nos muestra las principales características del contexto y la época en la que vivimos y desarrollamos nuestra misión. Su lectura nos muestra cómo, desde que se redactó la anterior Contemplación de la Realidad, se han producido cambios importantes en nuestra sociedad y destaca una serie de énfasis en la realidad de estos últimos años que deseamos tener presente en nuestra vida comunitaria.

Nos reconocemos inmersos en una amplia diversidad de redes (redes eclesiales, de la Compañía, de trabajo...) Estamos mucho más conectados que antes, y por ello a veces corremos el riesgo de que los jesuitas estén más alejados unos de otros. Reconocemos el reto que esto supone para nuestras comunidades a las que invitamos a promover espacios de comunicación fraterna, donde compartir los logros y los desafíos que afronta cada uno.

Nos encontramos en un tiempo de disminución muy significativa de jesuitas que nos hace, a menudo, atender distintas misiones. Un tiempo en que también nuestras obras viven una

---

<sup>1</sup> Opción nº 3 del Proyecto Apostólico Provincial

<sup>2</sup> CG 32, d.11; CG 34, d.8, nn.22s; CG 34, d.9, nn.12s; CG 34, d.10, nn.1-3; NC 314-330; CG 35, d.3, n.41.

<sup>3</sup> P. Kolvenbach. “Sobre la vida comunitaria”. 12 marzo 1998

<sup>4</sup> P. Arturo Sosa. “Nuestra vida es misión, la misión es nuestra vida”. 10 julio 2017

dinámica valiente y eficaz, que hemos de acompañar. Por ello la dimensión del cuidado de unos a otros es cada vez más importante. Como nos decía el P. Arrupe, “a los jóvenes les pido que busquen la presencia de Dios; a los que están en la plenitud de su actividad les pido que pongan el centro del equilibrio de sus vidas no en el trabajo sino en Dios; a los de mi edad recomiendo apertura; a los muy queridos Hermanos querría decirles que nos ayudan tanto a centrar nuestra vocación en Dios”<sup>5</sup>. Este cuidado mutuo nos invita a una abierta convivencia intergeneracional.

Nos vemos confrontados por la realidad acuciante de las personas migrantes y refugiadas. Una realidad a la que estamos respondiendo a través de nuestras obras y los proyectos que impulsan pero que también supone un reto para nuestras comunidades a las que invitamos a que se dejen interpelar y preguntarse en qué medida participar en proyectos de hospitalidad.

Por último, hemos ido pasando de la vinculación a una misión común por parte de los jesuitas de una misma comunidad a la diversidad de vinculaciones apostólicas de quienes conformamos una misma comunidad. Esto nos ha llevado a que se den diversas pertenencias: a la obra, al Área o Sector Apostólico, a la Plataforma Apostólica, a los distintos equipos apostólicos, a la red local del lugar donde trabajamos...

Esta situación nos lleva a preguntarnos por el papel que tienen nuestras comunidades en medio de toda esa diversidad. En primer lugar, destacamos el acompañamiento a las personas y equipos que conforman nuestras obras desde la presencia y el interés por sus quehaceres, desde la palabra de ánimo y estímulo, desde la escucha de sus preocupaciones y necesidades. Nuestras comunidades, ofreciendo la riqueza de la espiritualidad ignaciana, son también inspiradoras para aquellas personas con las que se relacionan. Para todas ellas somos rostros concretos que encarnan el carisma ignaciano en una pluralidad que deseamos seguir impulsando y aportando.

En medio de la diversidad de realidades apostólicas que atendemos, la comunidad tiene un papel esencial en la misión: ser punto de encuentro de unos y otros, impulsar espacios que convoquen a la celebración, a la escucha, a la acogida; promover, en definitiva, lo comunitario en nuestras Plataformas Apostólicas y allí donde nos encontremos.

### **3. Comunidad, signo del Reino y de reconciliación**

Nuestra sociedad, y el tiempo en que nos toca vivir, nos plantean profundos retos. Podemos considerarlos como una amenaza pero, si los miramos como nos propone la meditación de la Encarnación, estos retos se transforman en oportunidades privilegiadas de servir más y mejor, de ser, comunitariamente, testimonio y buena noticia para nuestros contemporáneos.

Vivimos con ese convencimiento. Cuando hablamos de la comunidad como misión es porque la entendemos como parte integral de nuestra vida apostólica. No queremos vivir como quienes tienen “su propia vida privada” independiente de sus compañeros. Es toda nuestra vida la que hemos entregado al Señor y, a través de esa vida entregada, **nuestras comunidades están llamadas a ser testimonio del Reino y de reconciliación**<sup>6</sup>. Una vida entregada en la que también se nos revela cómo el individualismo que siempre está al acecho, y que tiene culturalmente cada vez más fuerza, también puede penetrar en nosotros y en nuestras comunidades.

Por ello, recogiendo la invitación de nuestras últimas Congregaciones Generales, queremos preguntarnos cómo cuidar nuestras comunidades para que continúen teniendo vitalidad apostólica y sigan siendo, para el mundo, **signo del Reino** que queremos anunciar.

---

<sup>5</sup> Mensaje del P Arrupe al presentar su renuncia, 3 septiembre 1983

<sup>6</sup> CG 34, d.2, n.13.

Desde el agradecimiento por el camino recorrido nos seguimos preguntando cómo nuestra presencia comunitaria es buena noticia al reconocer la llamada a incidir de modos nuevos en nuestro entorno. Nos seguimos preguntando también cómo nuestras comunidades son signo de fraternidad y comunión, al reconocer la llamada a ser lugares que interroguen a los jóvenes que se plantean la vocación a la Compañía.

Invitados a vivir en el mundo siendo signo del Reino de Dios, deseamos subrayar las cuatro dimensiones fundamentales mediante las cuales la Iglesia se edifica y hace visible en el mundo el horizonte del Reino.

En primer lugar, la *Koinonía*. Nuestras comunidades están invitadas a anunciar el Evangelio como Reino vivido en la fraternidad, el encuentro y la comunión. Estamos llamados a ‘hacernos y dejarnos hacer’ como compañeros. Para cumplir con nuestra misión necesitamos de la experiencia de comunión y redescubrir que la comunidad es también misión.

En segundo lugar, la *Diakonía*. Somos convocados a anunciar el Evangelio como Reino realizado en el amor y el servicio fraterno. Esto lo traducimos en atención a los compañeros y a nuestro entorno, en apertura a experiencias de hospitalidad, en convertirnos en servidores de todos y, especialmente, de los más necesitados. La fe que nos une es también la fe que trata de transformar la realidad.

En tercer lugar, la *Leiturgia*. Evangelizamos también con la celebración, la oración compartida, la alabanza y la fiesta. Necesitamos espacios comunitarios donde podamos cuidar el fuego interior de nuestra vida religiosa. Somos animados a anunciar el Evangelio como Reino celebrado en ritos festivos y liberadores, porque celebrar nos hace más resistentes.

Por último, la *Martyría*. Construimos Iglesia y, por ello, Compañía y comunidad, proclamando el anuncio salvífico del Evangelio, siendo signo, buena noticia en nuestros entornos, hablando bien de Dios. Hoy la Iglesia y la Compañía necesitan testigos capaces de vivir el Evangelio y de comunicar una experiencia.

En resumen, nuestras comunidades están invitadas a ser lugares de la fraternidad, el servicio, la fiesta y el anuncio. Estas cuatro palabras pueden ser cuatro puntos cardinales que nos permiten examinar cómo estamos viviendo las dimensiones esenciales de nuestra vida comunitaria. Dimensiones que nos animan a prestar especial atención al ámbito del análisis, el estudio y la reflexión compartida porque la comunidad jesuita está llamada a desempeñar inteligentemente aquellos ministerios que le son encomendados.

Esta realidad nos demanda un discernimiento comunitario. La CG 36 nos anima a construir espacios de “conversación espiritual”, porque desde ella es posible crear “un ambiente de confianza y de apertura en nosotros y en los demás” del que no solo no debemos privarnos, sino que debemos privilegiar en nuestra vida en común para seguir alimentando también la propia vocación religiosa.

Queremos señalar, finalmente, que la comunidad es misión porque está llamada también a ser **signo de reconciliación**. Signo de que, a pesar de las diferencias, de la diversidad, es posible la comunión. Signo de esperanza profética en un mundo que agradece los testimonios que, aunque sean humildes, no dejan de ser auténticos. Pero no solo signo sino también escuela de reconciliación. Queremos aprender el arte de la reconciliación, sabiendo, por experiencia, que se nos presentan muchas oportunidades para este de aprendizaje en nuestra vida comunitaria.

Es un valor positivo, para nuestra Provincia, la diversidad de concreciones comunitarias de cómo ser signo del Reino y de reconciliación. Esa diversidad es una riqueza que nos permite aprender, enfatizar, experimentar y vivir realidades diversas. Los elementos indicados son, por ello, dimensiones que deseamos formen parte de nuestra vida comunitaria para que, en sus distintas concreciones, favorezcan la pluralidad de presencias comunitarias.

#### **4. Una diversidad de presencias comunitarias**

Hay en la actualidad una diversidad de presencias comunitarias con estilos distintos que muestran la riqueza de la significatividad de nuestra vida compartida. La Compañía, de hecho, no propone un único tipo de comunidad. Conviene asegurar que la disminución del número de jesuitas y la consiguiente reducción de las comunidades no elimine esa riqueza de la diversidad.

La diversidad permite que cada comunidad cultive de un modo particular alguno de los rasgos mencionados en el epígrafe anterior. Todas las comunidades deben dar cuenta de la *koinonía*, *diakonía*, *leiturgia* y *martyría*, pero pueden discernir a cuál de esos elementos le dan un acento especial y de qué manera hacerlo. Sería la gracia especial recibida por una comunidad en particular, que a su vez están llamadas a acoger y cultivar.

Mencionamos algunas de estas posibilidades:

Hay comunidades que reúnen a jesuitas dedicados a una misma misión apostólica. La convivencia facilita reflexionar juntos sobre la misión compartida y generar nuevas respuestas. También permite generar conciencia de ser responsables solidariamente del cuidado de una obra apostólica, lo cual confirma y da carácter al sentido de la vida comunitaria.

Otras comunidades son lugares en las que viven jesuitas destinados a servicios apostólicos muy diversos. Entonces pueden mirar cómo se responsabilizan en común de la Plataforma en la que se insertan, cómo se establecen en un lugar de referencia para las personas laicas que trabajan en ella e incluso cómo generan un espacio abierto de acogida e irradiación de la identidad y espiritualidad de la Compañía.

Existen comunidades que son enfermerías, que acogen a nuestros hermanos más envejecidos y enfermos, lugares de fraternidad y cuidado, donde se continúa orando por la Iglesia y la Compañía y se agradece más intensamente aún “tanto bien recibido”. Comunidades que regresan a lo esencial, el afecto, el cuidado mutuo y la sencillez de lo humano.

Hay también comunidades de formación, destinadas al crecimiento humano y espiritual de los escolares, espacios donde cultivar la profundidad intelectual y espiritual y en los que desarrollar un celo apostólico que es esencial para la vida de la Compañía. Son ellas también comunidades en las que dejar resonar las preocupaciones más actuales de la Compañía universal e imaginar y poner en práctica la novedad que el Reino nos trae hoy.

Durante las últimas décadas, un éxodo hacia las periferias permitió la presencia de comunidades en los márgenes de las ciudades, comunidades que se llamaron de inserción. En ellas se quiere vivir en cercanía al Jesús marginado, siendo a su vez un signo de una Iglesia pobre y para los pobres. Participan de la vida de los barrios y de sus dinámicas sociales.

En los últimos años, la llegada de migrantes a nuestro país ha permitido que algunas comunidades abrieran sus puertas a personas de otras tierras, para acogerlas y acompañarlas durante un tiempo en su proceso de inserción en nuestra sociedad. También hay comunidades que acogen personas a las que una vida comunitaria de calidad les va ayudando a sanar las

heridas que portan debido a su propia historia. En general, las hemos llamado comunidades de hospitalidad.

Estos dos últimos tipos de comunidad permiten que los jesuitas convivamos con víctimas y personas pobres, algo que constituye una aspiración constante de la Compañía. Son un buen modo de vivir la gracia de estar cercanos a los pobres. En esas comunidades pueden reconocerse de modo especial las “comunidades de solidaridad”<sup>7</sup>. Esas comunidades, por su modo de vida y su acogida, permiten transformar la cultura ambiental en la que se sitúan, haciéndola más fraterna y solidaria.

La insistencia de las últimas Congregaciones Generales en la “reconciliación con la creación” nos permite imaginar que alguna comunidad quiera empeñarse en proteger la creación. Podría incorporar prácticas domésticas de respeto de la naturaleza y ayudar a desarrollar una mirada contemplativa y agradecida sobre lo creado.

La Provincia en su conjunto y, en su medida también las Plataformas Apostólicas, tienen la responsabilidad de velar por que la disminución necesaria de comunidades no conduzca a una reducción de esta riqueza de expresiones comunitarias. Nuestro empobrecimiento comunitario no llegará por disminuir el número, sino por reducir esa diversidad. Una variedad en el conjunto de comunidades nos podrá mostrar la riqueza de formas de una vida comunitaria que concebimos como misión en sí misma.

## **5. Examen de nuestra vida comunitaria**

El agradecimiento es punto de partida del Examen ignaciano y también mirada que permite reconocer el don que es cada uno de los compañeros, su vocación, su historia personal, sus carismas, el bien que ha hecho y que hace cada uno de ellos... Es el agradecimiento porque Dios se nos está dando precisamente en esta comunidad concreta, a través de las dinámicas que se establecen en ella, de lo mucho que nos ha impulsado hacia el futuro.

Desde esta mirada agradecida proponemos este Examen de nuestra vida comunitaria que nos quiere disponer a la novedad que nos inspira el Espíritu.

**1 Comunidad centrada en Jesús y en su misión.** ¿Cómo dejamos que Jesús y su misión impulsen la vida de nuestra comunidad? ¿Cuidamos para ello la celebración comunitaria de la Eucaristía, las reuniones de comunidad, el diálogo con el Superior? ¿Cómo focaliza la misión nuestra vida y estilo de comunidad?

**2 Comunidad que se prepara para el discernimiento.** ¿Estamos atentos a hacernos preguntas y escuchar llamadas para abrirnos al discernimiento en común? ¿Cómo cuidamos las condiciones necesarias para el discernimiento, entre ellos la calidad de las relaciones humanas, la conversación espiritual, la libertad y la indiferencia necesarias para ello?

**3 Comunidad que ayuda a la misión de cada uno.** ¿En qué medida nuestra comunidad ayuda a cada uno en su misión personal? ¿Cómo nos interesamos por ella, la animamos, ayudamos y revisamos en lo que sea posible?

**4 Comunidad que se implica en la Plataforma Apostólica.** Nuestra comunidad, ¿cómo sirve y ayuda a los equipos apostólicos de nuestra Plataforma Apostólica? ¿De qué manera estamos atentos en nuestra comunidad a la dinámica de la Plataforma y participamos de ella? ¿Cómo

---

<sup>7</sup> CG 34, d.3, n. 10

ayudamos y alentamos el carácter apostólico y la identidad jesuítica de las obras de nuestra Plataforma Apostólica?

**5 Comunidad inserta en la Iglesia local.** ¿En qué medida nuestra comunidad se hace presente y participa en la vida de la Iglesia local? ¿De qué manera tenemos una relación de cercanía y amistad con otras comunidades religiosas, comunidades de laicos/as, y el clero de nuestro entorno?

**6 Comunidad cercana a los pobres.** ¿De qué forma nuestra comunidad vive la cercanía afectiva y efectiva, la escucha y el acompañamiento de los pobres, de las víctimas de las injusticias y conflictos de nuestra sociedad? ¿Cómo nos dejamos interpelar por ellos? ¿Estamos abiertos a la hospitalidad?

**7 Comunidad que cuida.** ¿En qué medida nuestra comunidad es una comunidad de cuidados donde nos interesamos unos por otros? ¿Cómo cuidamos del compañero enfermo, del mayor, del débil, del que está pasando por un momento de dificultad y crisis?

**8 Comunidad que celebra.** ¿Qué espacios comunitarios tenemos para la celebración y la fiesta, para el compartir informal y la convivencia fraterna? ¿Cuidamos ocasiones para la escucha de los compañeros, de sus quehaceres cotidianos, de sus preocupaciones y necesidades?

**9 Comunidad que acompaña desde el respeto y la comprensión.** ¿Cómo nos acompañamos en nuestro crecimiento humano y espiritual? ¿En qué medida vivimos en la comunidad el respeto mutuo, la mirada amable y comprensiva? ¿Vamos creciendo en la confianza suficiente para la comunicación de sentimientos y proyectos, de dificultades y sueños? ¿Damos oportunidad a la reconciliación entre nosotros?

**10 Comunidad atenta a la actualidad.** ¿De qué manera nuestra comunidad es capaz, en la vida diaria, de compartir opiniones y reflexiones sobre la actualidad, aceptando la diversidad? ¿De qué manera es un espacio donde interesarnos por la realidad de nuestro mundo, dejándonos afectar por sus dolores y conflictos? ¿Procuramos la profundidad espiritual e intelectual que necesitamos?

**11 Comunidad sostenible y respetuosa.** ¿Estamos siendo cuidadosos con el medioambiente? ¿Qué pasos estamos dando para hacer que nuestra comunidad sea más respetuosa con el medioambiente? ¿De qué manera tenemos un cierto grado de profetismo en esta dimensión ecológica?

**12 Comunidad que prepara.** ¿De qué manera cuidamos en nuestra comunidad la “tensión espiritual” en cada uno para que ésta no desaparezca? ¿Cómo procuramos que siga creciendo en cada uno de nosotros la cultura de la formación permanente? ¿Cómo nos ayudamos comunitariamente en la preparación para la tercera edad?

En definitiva, como dice la CG 36: “La comunidad es el espacio concreto en el que vivimos como amigos en el Señor. Esta vida en común está siempre al servicio de la misión, pero dado que la unión fraterna proclama el Evangelio, es misión en sí misma” (d.1, n.9).